

David arrojó un suspiro pensando que un viaje semejante seria acaso el único remedio para su mal. Virginia salió de la sala y se retiró á su alcoba para desahogar su pecho derramando un torrente de lágrimas.

Aquel corazon tan dichoso con su inocencia, aquel cielo sin nubes, aquel mar de ilusiones tan tranquilo comenzaron á agitarse á impulso de la mas terrible tempestad.

CAPITULO XV.

MUERTE GLORIOSA.

Mientras tanto los acontecimientos públicos se precipitaban, y el gobierno se veia combatido por una borrasca que parecia imposible disipar.

Dado el grito de insurreccion en Zacapoaxtla, lo habian secundado en diversos puntos algunos militares enemigos acérrimos del sistema entonces establecido.

El gobierno contaba con recursos muy escasos, á consecuencia de la animadversion de sus enemigos y del egoismo de sus amigos.

Uno de los generales de bien sentada reputacion aceptó la confianza que el jefe supremo hizo de él, y aprovechándose de ella defeccionó al emprender la marcha contra la ciudad de Puebla, llevando á los pronunciados los recursos y municiones que el gobierno habia reunido á costa de mil sacrificios para aniquilar la revolucion.

Si la persona que ocupaba la silla presidencial hubiera tenido menos valor civil, este habria sido el golpe de gracia para un gobierno cercado por todas partes de obstáculos insuperables, pues ya hemos visto gobiernos que con mas elementos han abandonado el puesto á los disidentes.

Pero el presidente de aquella época tenia un valor á toda prueba, y lejos de desanimarse llamó en su auxilio á los jefes de la guardia nacional que creia le eran verdaderamente adictos, y entre los pocos militares que á su lado quedaron, el general Hernandez obtuvo el mando de una brigada del ejército improvisado, á cuyo frente habia dispuesto ponerse el jefe supremo para restablecer la

moral perdida, evitar las defecciones y participar de los peligros.

Por esto volvemos á encontrar á Hernandez en la madrugada del dia 8 de marzo en el cerro de Ocotlan.

La precipitacion con que se vió obligado á ponerse en camino por una parte, y por otra la romántica frialdad de Rosa, hicieron su despedida poco atractiva.

La última conversacion de ambos amantes se redujo por parte de Rosa á excitar á su adorador á que pelease valientemente para cubrirse de gloria y preparar su elevacion en el porvenir.

La obtusa inteligencia del general no comprendió el verdadero objeto de Rosa, y con su característica fatuidad atribuyó á amor las insinuaciones de Rosa y él no pudo discurrir un adios muy interesante.

Partió de Méjico dejando á Rosa, no enamorada ciertamente, pero sí alimentando tan halagüeñas esperanzas, tan hermosas ilusiones que apenas pudieron distraerla de sus ensueños, los primeros dias, la conversacion, la música y el teatro.

Todos admiraban aquella especie de éxtasis que

atribuían al amor, pues ella no ocultaba su preocupación.

Como decíamos, el presidente se había puesto en marcha á la cabeza del ejército y había llegado á las cercanías de Puebla dos días antes del 8.

Deseoso de asegurar el triunfo, determinó no precipitar el ataque; pero los rebeldes quisieron dar al ejército que venía á sitiarlos un golpe de mano.

Por esta causa, en la madrugada del día 8 avanzaron sobre el cerro de Ocotlan defendido por una parte del ejército del gobierno.

Sorprendido el jefe del punto por lo imprevisto del ataque, organizó su defensa con brevedad ocupando él el centro, encargando el ala derecha á un jefe pundonoroso y la izquierda á Hernandez.

Este en otra época se habria batido como un leon porque nada tenia que perder, però en la presente en que arriesgaba ya una posicion y un bienestar, no se encontraba tan decidido.

Si á esto se añade el arrojo y valentía con que el jefe que mandaba el ala derecha del ejército agresor atacó á la brigada de Hernandez, se comprenderá la facilidad con que este se preocupó creyendo infaliblemente en una derrota.

Cuando el jefe teme, los soldados no son valientes, y cuando aquel huye, la tropa se dispersa sin que haya poder humano que baste á contenerla.

Esto sucedió precisamente el día 8, y á no haber sido por una feliz casualidad, ese día habria sido fatal para el gobierno.

Abandonemos el terreno de la política para ocuparnos de Hernandez.

Huyó cobardemente del campo de batalla, y la confusion de la tropa que estaba á sus órdenes le hizo creer que el desorden era general; en consecuencia, en alas del miedo llegó hasta Rio-frio, y tomando allí la diligencia que corria de San Martin á Méjico, se decidió á emprender el viaje hasta la capital, pues, como hemos dicho, en su concepto todo estaba perdido.

Cuatro personas solamente ocupaban la diligencia. Eran estas dos ancianas que huían del pueblo de San Martin temiendo ser víctimas en el ataque que se habia emprendido sobre Puebla. Eran las otras dos viajeros, un ex-coronel de guardia nacional de la época de los Americanos, y el otro un empleado de uno de los ministerios.

El ex-coronel era de una familia distinguida y volvía de Europa, á donde habia ido, cuando la capital fué ocupada por el ejército invasor. Joven, de baja estatura y de constitucion endeble, era al parecer tan tímido como las dos ancianas; pues, en efecto, hasta la dulzura de su voz le daba todo el aire de un joven adamado.

El empleado era tambien de baja estatura y de constitucion semejante á la del ex-coronel.

Como era natural, ya se habia hablado de la plaga comun para todos los viajeros, los ladrones, y las ancianas estaban muy satisfechas de sus compañeros de viaje, que no habian tratado nada de resistencia; pero cuando el general Hernandez, dejando su caballo al administrador de la hacienda de Rio-frio, tomó un lugar en el coche, las dos ancianas al ver su talla colosal y su continente amenazador comenzaron á temer que en caso de un mal encuentro habria combate.

Llenas de un pánico terrible, subieron al coche despues de haber almorzado en la tan cara cuanto mal servida fonda, cuidando previamente de encomendar muy de veras su alma en manos del Criador, y empuñando valerosamente un enorme

rosario la una, y la otra una camándula descomunal, emprendieron el viaje.

El joven ex-coronel era discreto, y por consiguiente no quiso aventurar una pregunta con el general sobre el motivo que lo llevaba á Méjico tan precipitadamente; pero el viejo empleado, sin andarse en consideraciones, entabló la conversacion de esta manera:

— Vd. dispense, le preguntó, ¿viene Vd. acaso de Puebla?

— No, señor, contestó el general, vengo de Ocotlan.

— ¿Y qué deja Vd. por allá?

— Nada bueno.

La concision de Hernandez excitó la curiosidad del viejo, quien para satisfacerla volvió á preguntar:

— Como, ¿pues qué ha sucedido?

— Que á estas horas el ejército del gobierno está en completa dispersion; el enemigo con un arrojó inconcebible ha atacado nuestras posiciones y ha tomado el cerro de Ocotlan.

El incansable empleado volvió á preguntar:

— Pues qué, ¿Vd. pertenece al ejército?

Hernandez, descubrió sin saberlo por su mismo lenguaje, balbuceó con dificultad y sonrojándose :

— Sí... pero... llevo una comisión... Voy á buscar un refuerzo.

Y para desimpresionar á sus oyentes á fin de que no adivinasen la verdad, añadió con valentía :

— Pero nada importa ese triunfo pasajero, antes de pocos dias serán derrotados por nuestras tropas los rebeldes, yo lo aseguro.

A través de este lenguaje, el ex-coronel adivinó un cobarde y el empleado también; pero las señoras se juzgaron perdidas, pues creyeron de buena fe en el valor de su compañero de viaje.

Entretanto la diligencia habia recorrido alguna distancia por el escabroso monte, la atmósfera se habia ido cubriendo de negras nubes y una lluvia menuda comenzaba á caer.

La perspectiva que presentaba la naturaleza era triste, aquellas enormes piedras cubiertas aquí y allá por una pobre vegetacion, los tristes ocotes y oyametls, cuyos áridos ramajes agitaban las ráfagas de viento, preocupaban los ánimos de los via-

jeros de tal modo, que la conversacion se interrumpió como de comun acuerdo.

Las viejas son muy habladoras por regla general, menos cuando tienen miedo; entonces son devotas *de corazon*.

El monótono paisaje no era ciertamente á propósito para inspirar ideas alegres, mucho menos con un cielo tempestuoso.

El ex-coronel parecia absorto en una mística contemplacion de la naturaleza, el empleado habia cerrado los ojos y parecia dormir, las viejas se hablaban en voz baja ó murmuraban oraciones, y el general formaba proyectos para preparar el porvenir.

Así llegaron al lugar llamado « Llano grande, » donde una multitud de pajarillos corrian sobre el verde musgo salpicado aquí y allí de florecitas amarillas y azules, formando una alfombra espléndida.

Al acercarse la diligencia, los pájaros tendian sus azules alas é iban á situarse á una distancia segura. Algunas vacas saboreaban el musgo mientras su pastorcillo miraba con curiosidad al carruaje, dejando el ganado al cuidado de los per-

ros que corrian de un lado á otro ladrando.

Despues llegaron á la vuelta de San Diego, que atravesaron guardando el mismo silencio.

A la salida de este lugar, que termina en una pequeña pendiente, el viejo empleado exclamó :

— Esta es la barranca de Guanes.

— ¡Ay! Dios mio, dijo una de las ancianas, dicen que aquí siempre roban.

— No tengan Vds. cuidado, dijo el ex-coronel, los caminos están seguros ahora.

— Y además, añadió el general, vamos con Vds. tres hombres.

— Por eso precisamente tenemos mas miedo, contestó la otra señora, y su compañera con aire suplicante exclamó :

— Por Dios, que no hagan resistencia..

Mientras esto decian, la diligencia, acabando de bajar la pendiente, habia atravesado la pequeña hondonada. Allí el camino se estrecha, por un lado se levantan unos matorrales de zacatones y jarillas bastante altas, por el otro el bosque de encinos y de ocotes se espesa á veces de modo que con poca dificultad puede formar una especie de atrincheramiento muy peligroso para los pasa-

jeros, cuya situacion está completamente dominada por los peñascos que se levantan por ambos lados.

En lo mas escabroso del monte y á la derecha de nuestros viajeros, se halla una vereda estrecha que conduce al rancho del *Ventorrillo*.

Al pronunciar la señora las últimas palabras que hemos referido, llegaba el coche á la vereda, y como si hubiera sido una invocacion, aparecieron súbitamente ocho hombres, de los cuales cuatro se quedaron en la altura de la izquierda, mientras los otros cuatro se adelantaron al camino real, y arrojando una terrible imprecacion, marcaron el alto al cochero, quien inmediatamente detuvo las mulas.

Este es el uso. Muy raro ha sido el conductor que no se someta á tal orden, y esto es muy natural, los que tal han hecho han pagado con la vida la desobediencia á las órdenes de estos reyes de los caminos reales; pero esta aquiescencia es disculpable en los conductores, pues no cuentan con el apoyo de una fuerza que los garantice contra los bandoleros.

Dos de los que se habian adelantado estaban á

caballo y los otros dos á pié; de estos el uno tomó las riendas á las primeras mulas y el otro se quedó atrás, apoyando sobre su hombro una tercerola. Los de á caballo iban á acercarse á la diligencia, pero se detuvieron al ver que saltaban de ella el ex-coronel, el empleado y el general.

El primero, sacando un par de pistolas, disparó sobre el de á pié que tenía el arma, y que sorprendido no pudo usar de ella y cayó atravesado de una bala.

Entonces, uno de los de á caballo quiso aprovechar este instante para echarse sobre el ex-coronel; pero recibió á su vez el tiro de la segunda pistola de este, y bamboleando se volvió á internar por la vereda.

Los de la altura, al ver esto, no se atrevieron á avanzar; pero hicieron fuego con las tercerolas sucesivamente sobre nuestro campeón, pero con tal acierto que no lo tocaron; y en consecuencia comenzaron á retirarse aunque poco á poco, mientras que el otro jinete, que ya había disparado una pistola contra el empleado, disparaba segunda vez contra el ex-coronel, que con un arrojito inaudito, habiendo escapado de esta última agresión,

se apoderó de las riendas del caballo de su antagonista á quien quería derribar, no habiéndolo conseguido porque el caballo asustado retrocedía.

El bandolero sacó una larga espada y tiró dos ó tres tajos al ex-coronel, que, sin abandonar las riendas, esquivó los golpes con una agilidad increíble. Al fin hubiera sucumbido á las ventajas de su contrario, á no haber sido porque el empleado, á quien había perdido de vista el jinete, guareciéndose con la diligencia de los tiros de los bandoleros emboscados, se aproximó lo bastante por la espalda del bandido, y cual nuevo David le aplicó una pedrada en la cabeza que lo hizo caer al suelo.

Inmediatamente los de la altura huyeron, y el ex-coronel y el empleado quedaron, en consecuencia, dueños del campo.

Entonces se ocuparon de examinar lo que pasaba en su derredor, y vieron al general tendido largo á largo bajo la diligencia y atravesado el cráneo con una bala.

Con ayuda de los cocheros, lo colocaron sobre el techo del carruaje, y se ocuparon de volver á

la vida á las dos ancianas que se habian desmayado al escuchar la primera explosion.

Conseguido esto, volvieron á entrar, recibiendo de las señoras un chubasco de reconvenciones por tan heróica defensa.

Al sentarse el ex-coronel sintió un objeto debajo de los cojines; los levantó y vió dos magníficas pistolas de *Kuchenscüter*, cuyo cañon, esmaltado primorosamente, tenia gabado este nombre:

Manuel Hernandez.

CAPITULO XVI.

AMOR Y HONRAS FUNERRES.

Cuatro dias despues de lo que acabamos de referir, á las ocho de la mañana, estaba Rosa en su casa hojeando el « Correo de Ultramar. »

Se hallaba sentada en una silla pequeña, junto á la puerta vidriera que daba al corredor, y cualquiera que se hubiera detenido á observarla habria podido conocer que su ocupacion aparente

no era mas que el pretexto de que se servia para disimular el verdadero objeto con que allí se encontraba.

En efecto, Rosa miraba frecuentemente hácia el corredor. Allí estaba Mateo.

Con la sagacidad propia de todo seductor, no habia perdonado medio para acercarse á su jóven ama, y multiplicándose, por decirlo así, en obsequio de sus amos, tan pronto aseaba el carruaje como servia la mesa ó regaba las macetas.

Don Antonio, aprovechando la laboriosidad de su criado, habia hecho de él su factotum. Era al mismo tiempo lacayo y camarista, y por este medio logró hacerse indispensable al usurero, que pudo suprimir el sueldo de un criado. Ya se puede conocer cuánta confianza se dispensaba á servidor tan económico y empeñoso.

Mateo, firme en su propósito de dominar á Rosa, como ya hemos dicho, procuraba halagarla; por eso muchas veces suspendia sus tareas para detenerse á escuchar á Rosa, cuando esta, sentada al piano, dejaba resbalar sobre el teclado sus ágiles dedos; y no faltó ocasion en que viéndola conmovida en uno de sus raptos de entusiasmo, él tam-

bien dejase correr dos lágrimas silenciosas por su semblante.

Tambien en sus ratos de ocio tomaba á Lamartine y parecia extasiarse en la lectura. El tipo de Gilberto de Dumas lo animaba en su proyecto de seducción, y llegó á soñarse tan interesante como Martin el Expósito.

Rosa, por su parte, dejándose dominar por el sentimiento que él le inspiraba, habia nutrido en su pecho un amor que, pequeño en su principio, tenia ya la magnitud de una pasión profunda.

El astuto Mateo conocia el estado de Rosa, y viéndola fascinada habia comenzado á aproximarsele con la lentitud de la serpiente que tiene asegurada su víctima.

Don Antonio se ausentaba á veces de Méjico semanas enteras, por causa de sus especulaciones, y durante estas ausencias habia Mateo hecho conocer á Rosa sus sentimientos con tanta finura, que la jóven incauta estaba ya ligada al lacayo, y aun no podia darse cuenta de la manera como esto habia sido.

Mateo, en uno de esos momentos que tienen todas las mujeres de pasiones no reprimidas, le

había pintado un amor tan ardiente y tan exaltado, que olvidando su orgullo había aceptado los homenajes de un sirviente con la bondad que nunca concedió al amor espiritual de David.

¿Puede explicarse esto? Sí. Un amor ideal basta á una alma cuyo horizonte se limita á la posesion absoluta de los pensamientos de la persona amada; y el goce profundo de un corazon inocente se reduce á la entera fe en el dominio que adquiere sobre otro corazon, goce que realza la seguridad de que se posee un objeto digno.

Pero cuando á todos se ve á través del menosprecio, el torrente impetuoso que se llama amor, contenido en límites demasiado estrechos y exasperado por falta de expansion, rompe al fin todos los diques, y se precipita fuera del alma, derribando con violencia extraordinaria los obstáculos que le oponen la educacion, el orgullo y el pudor. Todo lo materializa, y las imágenes de sus vivos deleites toman tales proporciones que sobrepujan á toda otra consideracion. Las grandes pasiones no deben ser contrariadas, sino educadas. Bien dirigidas annoblecen, contrariadas se exacerban hasta la desgracia.

Mateo, sin dejar la regadera con que reanimaba las exquisitas plantas que adornaban el corredor, volvía de vez en cuando la cabeza hácia donde estaba Rosa, bañándola con una mirada llena de magnética dulzura. La jóven habría deseado retirarse, porque á pesar de su cariño se sonrojaba al pensar la clase á que pertenecía su amante; pero el aislamiento á que se había condenado con su romanticismo, le había hecho nutrir de tal manera aquella pasion clandestina, que su orgullo y su reflexion no eran bastante poderosos para conseguirlo.

Cubiertas sus mejillas por el sonrojo, correspondía á aquellas miradas con otras igualmente amorosas, y se extasiaba á su pesar contemplando á aquel hombre que había logrado penetrar al fondo de su corazon.

No hay remedio: cuando el amor no se combate en su principio, cuando se le deja tomar cuerpo, vanas son todas las reflexiones.

Media hora habían pasado los amantes en esta muda cuanto peligrosa correspondencia, cuando llegó el repartidor del periódico que recibió Mateo.

Rosa entreabrió la vidriera para recibir el impreso que Mateo se apresuró á darle.

De intento ó por acaso sus manos se tocaron, y Rosa se estremeció á su contacto conmovida como por un golpe eléctrico; porque el amor que á ambos animaba era el amor material que hace circular en las venas un fuego activo y devorador que se percibe á través de la epidermis: ese fuego que enciende las mejillas, que enrojece los párpados, que envuelve el cuerpo todo en una atmósfera de tibia voluptuosidad; calor que aviva la contemplación del semblante, de las manos y hasta de la ropa que viste la persona objeto de los deseos materiales. Doble vista que adivina atractivos ocultos.

Lo repetimos: el ocio, la soledad, la falta de expansión habían hecho de aquella joven tan espiritual á los ojos de todos, una Mesalina, toda fuego, toda voluptuosidad.

Chateaubriand lo ha dicho:

« Si temes las borrascas de las pasiones, huye de la soledad. Las grandes pasiones son siempre solitarias.... »

Y san Agustín ha exclamado:

« *Væ soli!* ¡ay del solo! »

Acabando de recibir el periódico, una puerta se abrió. Era D. Antonio.

— Buenos días, Rosita, dijo acercándose á su hija, y dándole un beso en la frente.

Ya era tiempo: aquel beso apagó como por encanto la funesta hoguera que incendiaba el corazón de Rosa.

El amor de un padre es un sentimiento tan puro que separa absolutamente cualesquiera otros que puedan estar contaminados con el vicio; y aunque la historia nos presenta monstruos que como Neron profanan el afecto mas sagrado, estos ejemplos solo sirven para hacer mas repugnantes á los que han manchado su época con tan horrenda barbarie.

Mateo abandonó el corredor y Rosa olvidó á Mateo.

Interrumpida la corriente magnética del impuro amor establecida entre el ama y el criado, aquella volvió á su ser; quedando solo en sus mejillas los encendidos vestigios del funesto fuego que devoraba su corazón.

— ¿Como está Vd., papacito? dijo contestando el saludo de D. Antonio.

— Muy bien, he dormido como un lirón; y alargando la mano para tomar el periódico, ¿qué dice de nuevo este *cuerpo de verdades*, dijo á Rosa, que se apresuró á darle el impreso.

— No lo he leído aun, porque acaban de traerlo, contestó á D. Antonio, que, arrellanándose en un sillón, comenzó á leerlo exclamando:

— ¡Vamos á ver!

Después de haber leído las páginas primera y segunda del periódico, cuya lectura duró media hora, durante la cual Rosa se ocupó también en leer el «*Correo de Ultramar*,» pues ya Mateo no la distraía con su presencia, D. Antonio abriendo los ojos desmesuradamente y levantando la voz, exclamó:

— ¡Hernandez ha muerto!

Rosa poniéndose en pie y acercándose al sofá, preguntó á D. Antonio con aire de sorpresa y de duda:

— ¿Quién? ¿el general?

— Sí, el general.

— ¿En la batalla de Ocotlan, papá?

— No por cierto, dijo D. Antonio con aire de desprecio.

— ¿Pues dónde?

— Oye lo que dice el artículo.

«*Ladrones.* — La diligencia que venía de San Martín á esta capital el día 8, fué asaltada por una partida de bandoleros. Según se nos ha informado, dos de los pasajeros, entre los que se encontraba el Sr. Galindo, resistieron heroicamente el ataque. El general Hernandez, que venía, no sabemos con qué motivo, en la misma diligencia, fué hallado muerto al fin de la refriega bajo el carruaje.

» Se cree que fué víctima sin tratar de defenderse, pues sus pistolas fueron halladas dentro del coche.

» Esperamos rectificar los hechos, pues de otra manera la opinión pública no sería muy favorable á la memoria del general.»

Mientras D. Antonio leía, Rosa, sin sentir el dolor que hubiera sido natural amando á Hernandez, quedó sumergida en una especie de atonía por la multitud de diversos pensamientos que se agolparon en su cerebro.

Habían desaparecido como el humo sus proyectos de elevación, sus ambiciosas miras se habían estrellado ante el sepulcro de Hernandez; y esta

decepcion hizo correr por su semblante dos lágrimas que atribuyó D. Antonio á solo la exquisita sensibilidad de su hija, pues ignoraba sus relaciones con el general.

Tratando de evitarle un padecimiento; le dijo :

— Ya me habian dicho que Hernandez habia huido cobardemente del campo de batalla y que su desercion estuvo á punto de comprometer al gobierno en una derrota, y no lo habia creido; pero este artículo me confirma la verdad del aserto; y puesto que es así, me alegro. Si no hubiera corrido, no habria muerto, ó á lo menos habria sucumbido gloriosamente.

Las lágrimas se secaron en el semblante de Rosa : su orgullo se resintió de haberse relacionado con un cobarde, y consolándose, con la facilidad de toda coqueta, por la pérdida del general, contestó á D. Antonio :

— Tiene Vd. razon, papá; pero no puede uno dejar de sentir las desgracias de sus semejantes, y mas de los que ha tratado.

— Con su cuerpazo y su aire de maton, no era mas que un fatuo.

— En fin, ya murió, dijo Rosa queriendo terminar la conversacion.

— En efecto, ya no nos toca juzgarlo, ¡Dios lo haya perdonado!

Y siguieron su lectura como si nada hubiera ocurrido.

CAPITULO XVII.

CORRESPONDENCIA.

La misma mañana y á la misma hora en que tenia lugar la escena que acabamos de referir, Rafael estaba en su cuarto del hotel ocupado en estudiar.

La hermosa claridad de esta mañana tan serena penetraba con alguna dificultad á través de los espesos cortinajes de punto y seda que se cruzaban

en el balcon. Rafael se hallaba recostado en un sillón de terciopelo de Utrecht, cuyo fondo morado oscuro hacia resaltar mas la hermosa figura de Rafael. Sus negros cabellos estaban sujetos con una sencilla gorra griega de terciopelo de color azul profundo. Su cuerpo estaba envuelto en una elegante bata de seda acolchada del mismo color con vueltas y vivos carmeses. Sus piés estaban calzados con cierta coquetería, con unos chanclos de brillante charol y tafilete verde.

Su mano izquierda, tan delicada como la de una mujer, sostenia con cierta negligencia académica su hermosa cabeza. En la derecha tenia un libro que leia con atencion.

Era un tratado de botánica por De Jussieu.

Repentinamente cerró el libro, y volviendo sus ojos hácia una consola donde estaban algunas flores, exclamó:

— El estudio es tan útil como entretenido: investigar las leyes de la naturaleza, sorprender sus secretos, es una cosa muy bella para el hombre. Elevarse sobre la materia y penetrar, con la antorcha de la ciencia, á las oscuras regiones desco-

nocidas al vulgo, para explayar el espíritu, aliviar la humanidad haciendo útiles hasta los mismos males, es una mision noble y santa.

Esto me ha hecho elegir la carrera de la medicina.

A veces he sentido que mi ánimo desfallece ante la triste perspectiva de la humanidad llena de corrupcion en el principio de su aniquilamiento. A veces tambien han asaltado mi mente las mas horribles dudas al desgarrar con mi escalpeló los miembros amaratados y ateridos de los cadáveres.

¿A dónde fué ese calor que animaba los miembros inertes? ¿Qué se hicieron las risas que formaron el encanto del padre, de la madre ó del amante?

¿Es cierto, me he preguntado muchas veces al ver la apagada pupila de los muertos, que todo es materia, ó bien que existe en realidad algo que anima ese conjunto de nervios, de fibras y de huesos? ¿Que este algo es lo que llamamos espíritu, y que este espíritu nunca muere?

Sí, esto debe ser; esto es.

Yo huérfano y solo desde mi mas tierna infan-

cia, nunca he oído la dulce voz de una madre que me hable del cielo. Pero mi corazón, con cada uno de sus latidos, me dice que existe otra vida de ventura.

Yo no te he visto nunca, madre mía, dijo alzando los ojos al cielo; pero siento que tu espíritu me acompaña, aunque estoy cierto de que tu cuerpo se halla en el sepulcro.

Sí: jamás abandonaré esta dulce creencia; en esta fundo todas mis esperanzas.

¡Dios mío! perdóname si alguna vez he dudado de tí. Soy un culpable, pues que me revela tu existencia todo lo que existe en el universo.

Esas flores son el lenguaje con que me hablas de tu poder y de tu hermosura. Son las praderas las páginas brillantes de tu grandeza.

Sí: mi alma necesita estudiar tu omnipotencia en las obras que revelan tu bondad, porque ellas me animan y consuelan; mientras que las que me hablan de tu justicia me llenan de desaliento.

La vista de los yertos cadáveres me inclinaba á las dudas: el estudio de las flores sostiene mi creencia. En aquellos te veo juez exterminador, y el temor me inclina á negar; en las flores te

miro bondadoso, clemente, y por ellas te creo.

Yo que sufro por el abandono en que me hallo, espero algún día la compensación. Tú me la darás. Disiparás las nubes que cercan mi existencia, y entonces podré hallar la felicidad en el mundo, buscando un ángel que me purifique con su amor.

Virginia, dijo levantándose, Virginia será ese ángel: tú la has puesto en mi camino para que me hable de tí, como lo ha hecho muchas veces reanimando con el fuego de su fe la mía.

¡Oh! mi amor es tan puro como lo es su pensamiento. Estas flores me la representan con todos sus encantos. Esta tierna campanilla me representa la ternura de su alma. Estas violetas, su modestia: este blanco botón de rosa, su candor; y los atractivos perfumes del heliotropo, las hermosuras de su alma.

En este momento la puerta del cuarto se abrió, y Martín entró con una carta en la mano que entregó á Rafael sin hablar una palabra.

Rafael le preguntó:

— ¿Quién la trajo?

— El mismo mozo que trae siempre las demás.

— Es de mi protector, murmuró Rafael, rompiendo el sello como con cierto respeto. Y cuando Martín salió, comenzó á leer la carta, que decia así :

« Mi querido Rafael.

» Por tu apreciable de antes de ayer me impuse de que el gobierno te habia nombrado secretario de la legacion de Méjico, cerca de los gobiernos de la Confederacion germánica. No puedo menos de manifestarte mi satisfaccion al ver las consideraciones que me guardas.

» Si yo consultara únicamente mi inclinación y la tuya, no dudaria aconsejarte que aceptases desde luego. Pero tengo razones para creer que en tus actuales circunstancias no te conviene este nombramiento.

» Estás á punto de terminar una honrosa carrera, y como la salida de la legacion te impediria acaso presentarte á exámen, seria motivo de que perdieses los años que has empleado en adquirir los conocimientos para llegar á obtener un título honroso y lucrativo.

» Ya ves que este es un grave inconveniente que debemos tomar en cuenta para nuestra resolución.

» Hay además otro. Las actuales circunstancias del gobierno y la inestabilidad de los que le han precedido, me hacen temer fundadamente no sea de larga duracion. Y este es un nuevo motivo que me hace juzgar que tiene para tí el nombramiento mas desventajas que conveniencias. Además resultaria que te afiliabas en un partido que aun no está sancionado por la generalidad de la opinion pública.

» Yo espero que, como siempre, escucharás mis consejos, renunciando á las esperanzas que hayas podido concebir por este nombramiento; mucho mas cuando no haces mas que aplazar tu realizacion, porque mas tarde, te aseguro obtendrás este ú otro puesto que compense el sacrificio que hoy haces.

» En esta ocasion, como en las anteriores, te dejo en absoluta libertad para obrar, suplicando únicamente me comuniques á la mayor brevedad lo que hayas resuelto.

» Tu sincero amigo.

» SABINO. »

Al concluir la lectura, Rafael expidió un suspiro voluntario: era la expresion de una espe-

ranza perdida; y ciertamente, ¿qué cosa mas natural?

Lo imprevisto del nombramiento y su categoría habian despertado en su noble alma la multitud de ilusiones que oculta siempre una mente de 25 años: esa ambicion de correr el mundo revestido con un título honroso que abre las puertas de todos los círculos sociales, que rodea al hombre con una atmósfera de lisonjero bienestar.

Acostumbrado á ver en cada uno de los deseos de su protector una orden, se decidió inmediatamente á renunciar el empleo que se le daba.

En consecuencia, se preparó á escribir su respuesta al ministro y á Sabino.

Al hacerlo, con aquella fuerza de reflexion propia de la verdadera inteligencia, buscó la manera de compensar la pérdida que sufría y logró su objeto. Sentóse á la mesa exclamando:

— ¡Cómo ha de ser! Las razones de mi protector son muy sólidas para despreciarse; pero aun cuando no lo fueran, ¿no debo á mi desconocido genio todo cuanto soy? ¿qué sería de mí sin su benéfico auxilio? Con una generosidad incomprendible satisface todas mis necesidades y

deseos, y el decidido empeño que manifiesta en mi favor me hace á veces sospechar... pero no. La ternura de un padre no resistiria al deseo de ver á su hijo: tantos años hace que me protege, ni una sola vez lo he visto: ¡qué misterio! algun dia acaso llegaré á comprenderlo. Por ahora debo seguir absolutamente sus inspiraciones, pues que siempre me ha probado un afecto tan profundo.

Además, ¿no hay en este sacrificio alguna circunstancia que me halague? ¡Sí! saliendo de Méjico iba á separarme de Virginia, á perder acaso todas mis ilusiones; tal vez en mi ausencia un hombre mas dichoso que yo y con mas derechos lograria penetrar hasta el fondo de ese corazon tan inocente y tan puro... Sin Virginia, ¿qué felicidad habria para mí? si deseo penetrar el arcano de mi nacimiento, es únicamente para saber si puedo aspirar á la mano de Virginia... Pero como quiera que sea, ¿por qué razon mi nacimiento será obstáculo para mi felicidad? ¿acaso tengo la culpa de que mi origen haya sido mas ó menos elevado, peor ó mejor? Aun cuando tuviera un origen criminal, ¿podria atribuírseme culpa por ello en rigurosa justicia? No, y sin embargo la socie-

dad marca con un sello de ignominia al desgraciado que no ha tenido parte alguna en que su origen sea ó no criminal.

La familia de Virginia acaso repugnará mi enlace por esta causa; y sin embargo, yo no tengo la culpa.

Cuando lucho con mis dudas, llego hasta desear alejarme para siempre de un lugar tan peligroso para mi corazón. Pero ¡ay! prosiguió arrojando un prolongado suspiro, que mis impresiones son demasiado profundas para que puedan borrarse.

No hay remedio: la he amado y la amaré hasta el sepulcro. Por otra parte, ¿qué significan los obstáculos para un amor como el mio? Jamás una palabra le ha revelado este sentimiento tiernísimo que es la savia de mi existencia. Pero nada importa: su indiferencia, su desden, su odio mismo, la oposicion de su familia, no podrán arrancarme este mundo de ilusiones. No podrán privarme de la satisfaccion de amarla; y si bien su correspondencia me daría una felicidad que apenas puedo concebir, la fuerza de mi cariño se conforma con adorarla en silencio.

La única idea que me desespera es la de verla perteneciendo á otro. Pero esto no puede ser. Dios es justo, y sabe perfectamente que ella es la que ha sostenido mi creencia, y que este amor que me conduce por el camino del bien, sería mi perdicion si llegase á faltarme, si llegase á verla en poder de un rival.

Acaso Dios es quien ha inspirado á mi protector la idea de que yo renuncie á este viaje que tal vez me separaría para siempre de Virginia.

Y sin dudar mas tiempo, escribió la renuncia formal de la secretaría de la legacion y la esquila siguiente para Sabino:

« Mi amado protector.

» En respuesta á la muy apreciable de Vd. que acabo de recibir, tengo el gusto de manifestarle que, de acuerdo con sus indicaciones, hoy tendrá el ministerio la renuncia del empleo que me habia concedido. Pues aun cuando antes de recibir la de Vd., mi poca reflexion y las sugestiones del amor propio me inclinaban fuertemente á aceptar, las razones que Vd. expone habrian bastado por sí solas para desistir, prescindiendo

de la obediencia que le debo como su protegido.

» En espera del día afortunado en que pueda yo conocer á quien tanto debo, me repito de Vd. su reconocido hijo que lo ama.

« RAFAEL. »

CAPITULO XVIII.

UN BESO Y UN BOFETON.

Imposible seria pintar la rabia del oficial mayor al recibir la renuncia de Rafael. El viejo no podia comprender el cambio repentino del jóven practicante.

Los malvados como él, incapaces de todo sentimiento generoso, atribuyen á las malas pasiones los hechos cuya causa no alcanzan á comprender.